

en su producción novelística aporta otros elementos de la colombianidad tales como: el profundo sentido de lo carnavalesco; la oralidad concretada en formas paremiológicas del discurso cotidiano, como refranes, dichos, retahílas, etc.; el sentido religioso y folclórico

de algunos pueblos. (...) sus personajes intiman con sus lectores/as potenciales para tejer historias de amor (...) sus pueblos anclados en el olvido, su exuberante flora, el titánico esfuerzo de una nación por trascender los límites de la desesperanza”.

hojas Universitarias.....

Cuchilla, de Evelio Rosero Diago

Milcíades Arévalo
Narrador colombiano



Evelio Rosero Diago (Bogotá, 1958) es diferente a todos los escritores que conozco: escribe a todas horas y en todas partes. Para mí,

es lo mejor que sabe hacer. Desde que lo conocí, hace muchos años, sigo sus huellas y disfruto con todo lo que escribe. Me gusta abordar su narrativa: me siento rejuvenecido al leerlo, distante de las costumbres y modos de vida de la mayoría de los escritores colombianos, ataviados, por lo general, con la retórica del mercadeo y la estulticia de las exigencias editoriales propias de fines y comienzos de siglos.

En sus cuentos y novelas hay atmósferas, ambientes, situaciones y diálogos que lo emparentan con los mejores escritores de la literatura universal y hasta con los poetas, cuando vuelve a ser niño o muchacho en patios de asombro, aprendices de mago, trompetistas descalzos, porque canta y ríe como en verano y aun bajo la lluvia.

Evelio Rosero no es joven; tampoco viejo. Flaco, desgarbado, transparente, ausente. No

es de aquí ni tampoco de allá, sino de donde lo aman. Lo dice en todos sus libros, en los que siempre hay una mujer, bella y delicada en su inocencia, “recogiendo flores sembradas por ella misma”, viviendo una vida surreal y bucólica, real y fantástica. Evelio es también un pez del aire que vive en dos mundos a la vez: en la realidad de todos los días de nuestra vida, con su carga de violencia y muertos, asombros y soledades, y en la literatura, que es el oficio que más le gusta, el cual asume con pasión, con lucidez, con talento y originalidad. “*Para mí –me dijo alguna vez–, vida es sinónimo de escribir. No podría entenderme si no escribo. En cada punto final de una novela mía siento que he muerto más, pero si no hubiese escrito, me habría muerto peor.*”

Evelio Rosero Diago es muy callado, taciturno; pero cuando habla con su voz de quena, hace volar los pájaros de cristal, las muchachas esplendorosas y la imaginación. Es indudable que la literatura colombiana actual tiene muchos escritores talentosos que nos deslumbran con sus propuestas, magistralmente escritas, infalibles a la crítica, pero percederas en el tiempo porque les hace falta lo más esencial: vida y poesía. Hasta hoy no he leído ningún análisis serio sobre su obra, porque, según parece, los estudiosos de la literatura están muy ocupados en elogiarse a sí mismos o porque el sentido crítico fue cambiado por el canibalismo, el ninguneo, las élites culturales, los ismos y la mala leche. Evelio tiene un talento natural para escribir y le sobra imaginación. Ahí están sus novelas, sus libros de cuentos, sus relatos para jóvenes y muchachos y hasta sus poemas y ensayos. Su literatura es simple, y eso la hace bella, pura, diáfana como la corriente de un río sorprendentemente apacible, digno de navegarse en los momentos difíciles de nuestros viajes. Podríamos decir, también, que todos sus libros publicados, todos los premios ganados en franca lid, son el resultado lógico de alguien que se propuso ser escritor: “*Un día*

me convencí de que yo también era capaz de escribir libros como los que leía cuando era niño, que yo también era escritor, y entonces me puse a escribir, y todo parece indicar que tenía razón, porque he seguido escribiendo, y seguiré escribiendo así, hasta la última noche.”

Recientemente le fue otorgado el Premio Latinoamericano de Literatura Infantil y Juvenil Grupo Editorial Norma - Fundalectura 2000 por su libro *Cuchilla*, el alias de Guillermino Lafuente, el más temido profesor de historia de un colegio de bachillerato. “*Qué historia sin vida la del profesor de historia, señores. Guerras aquí y allá. Sólo gente muriéndose con sus batallas. Que yo recuerde, en tantos sucesos históricos que nos enseñaba Cuchilla, nadie nunca sonrió. Nadie se echó un baile al desgaire, o se besó*”, nos comenta Sergio, uno de los gemelos de la historia, ávido lector del conde de Montecristo; el otro es Dani, el enamorado de Lucía: “*Doce años, señores, doce añitos y enamorado. Y enamorado de la mujer del profe más difícil de la historia del colegio. Eso no le sucede a cualquiera, ¿cierto?*”

La galería de personajes es diversa, patética y divertida: Gutiérrez padece de diarrea cada vez que hay examen con Cuchilla; los dientes de Ortiz castañen; a Moyano le sudan las manos, el cuerpo, su mente se ensopa; Gómez pierde pelos a manojos y, en fin, una cantidad de borregos, pero quizá el más genial es Mauricio Aldana. Sufría de una leve cojera, y por eso mismo Cuchilla no dudó en clavarle su apodo: “Pataecumbia”. Pero “Pataecumbia” era algo más que eso: tenía un acuario y un pez anaranjado llamado ‘Nemo’, una colección de cuentos del Zorro, todos los libros de Julio Verne, un árbol enano, un disfraz de gorila, un bate de beisbol, una guitarra y sólo sabe cantar *Soledad*. “*Ahora –nos recuerda Sergio–, veinte años después –y más solo que la canción de Soledad–, siento que vivo más al recordar ese año. Amigos como el ‘Pata’, hermanos como Dani, instantes como éstos me acompañan, día*